

LA ÚLTIMA CARRERA

GANADOR del III Concurso de Relato Corto La Encerrona – 2006

Autor: Pedro M. CASTILLO ABASCAL

Había llegado en el autobús. Eran las once de la noche. Nadie me esperaba, aunque la verdad es que tampoco sabían que regresaría después de tantos años. Cogí una pequeña mochila que venía conmigo y me dirigí hacia el pueblo. Lo primero que hice fue mirar la calle del encierro, desierta y fría en esos momentos, un tanto alejada del centro urbano de la localidad. El vallado ya estaba instalado para el día siguiente. Me adentré en su silencio y fui caminando, despacio, en toda su largura. Sin darme cuenta me vi estático frente a una puerta. Mi memoria se negaba a recordar qué significaba. Fueron sólo unos segundos de duda y rápido me repuse y seguí mi camino, saliendo finalmente por una boca calle.

Me costó Dios y ayuda entrar al casco viejo. Era viernes, y apenas tres horas antes de mi llegada había sonado el chupinazo inaugural de las fiestas en honor del patrón de la villa. La Plaza Mayor a la que entré era el centro de encuentro de las personas de mediana edad. Las calles limítrofes estaban inundadas de juventud que iba y venía, que se movía de aquí para allá en un baile frenético al son del *chun chun* que sonaba en los bares, ciegos por la luz que salía de los agujeros de las puertas y se proyectaba directamente a los ojos de los paseantes, como si fueran las cuencas de una calavera de las que salieran rayos mortales. El espectáculo hizo que me preguntara la causa de que toda esta gente estuviera ahí. Era como si un cántico sordo les llamara y todos hubieran llegado desde lugares lejanos y distantes entre sí atraídos por la diversión y el riesgo que supone el encierro, la presencia del toro corriendo libre, el hombre en contacto con la fuerza bruta, con la virilidad.

Poco a poco me fui abriendo paso hacia la plaza de toros, testigo mudo durante tantos años de tantas carreras. La plaza era ya anciana, con capacidad para casi siete mil personas. Toda ella era de piedra labrada, mordida aquí y allá de ventanas y puertas de una madera que había aguantado inmutable el transcurrir de los años, el ataque de la humedad y la llegada de los insectos. Era la misma madera que

formaban los palcos, sobre los que el público había visto el paso de casi todas las figuras del toreo del antes y del ahora. El conjunto era una joya y me hizo reflexionar sobre el sentir de la plaza, si en todo este tiempo su alma, el ruedo, se había estremecido con la llegada de los corredores extenuados y nerviosos con los toros detrás.

Tomé una cerveza en uno de los bares ambulantes que acompañaban las fiestas y luego fijé mi camino a casa. Yo vivía a unos ochocientos metros de distancia del pueblo, en una casa de campo rodeada de árboles que bebían del río que pasaba próximo y que discurría sorteando las piedras del cauce. En los tiempos de encierro, hojas y agua formaban una combinación de apacible murmullo, música que mitigaba la tensión de los momentos anteriores al correr de los toros por entre el vallado. Antes de abrir la puerta, me reservé unos segundos para inspirar fuertemente. Todo estaba igual que cuando me marché hace doce años. La buena de mi hermana se había encargado mes tras mes de mantenerlo todo tal como lo dejé. Parecía que no había pasado el tiempo. Podía haber entrado con los ojos cerrados y dirigirme sin titubear hacia mi cuarto, abrir el armario y escoger esa prenda que siempre me gustó y con la que más cómodo me sentía. Al abrir los ojos, ahí estaba ese pantalón, tal cual lo leía en mi memoria. Pero no me importaban los pantalones ni las camisas, colgadas también con delicadeza femenina junto a una bolsita de alcanfor para evitar que las polillas atacaran la tela. Yo quería el pañuelo, ese pañuelo que, cuando mi pelo pintaba sin blanco, me regaló una chica a cambio de otra cosa que yo le di, ya ni recuerdo el qué. El pañuelo fue desde entonces siempre junto a mi cuello cada vez que llegaban los toros, hasta que se acomodó en el armario de mi habitación, durante todos estos años.

Abrí las ventanas de la vivienda; hacía calor y necesitaba tumbarme. Pese al cansancio que arrastraba no podía conciliar el sueño, me lo impedía el desfile de imágenes que se cruzaban en mi mente. Eran imágenes de encierros ya pasados. Conocía el recorrido hasta en sus más ocultos detalles. El recorrido que los toros debían hacer desde la plaza era de unos novecientos metros. Los corrales eran conocidos como *los pinares*, en honor a la gran masa de pinos que cubrían sus alrededores. Una vez que se les

abría la puerta de los corrales, se adentraban en el ruedo y de ahí se encontraban con la salida libre al pueblo, donde iniciaban una carrera de más de doscientos metros cuesta abajo. En esta zona la dificultad para correr era extrema por la velocidad que alcanzaban los astados. A su término, se encontraban de pronto con una curva muy pronunciada a la derecha llamada *la fragua*, en recuerdo al tintinear que producía el choque del martillo y el yunque en los tiempos cuando el hierro daba de comer a la población. Tras esta curva, llegaba la calle Mayor, una recta ascendente decorada con multitud de viejas galerías y balcones de madera que se poblaban durante los encierros. La recta terminaba cuando comenzaba la subida del estanco, auténtica rompedora de las piernas de los corredores, que hacía que se pegaran las zapatillas al suelo. Cien metros más de bajada con dos curvas a izquierda y derecha que provocaban la ralentización de la manada para evitar los resbalones de las pezuñas. El recorrido salía entonces a una recta que acababa en cuello de botella para desembocar, finalmente, de nuevo en la plaza. Lo repasé varias veces, pero, después de dar una y otra vuelta en la cama, acordé conmigo mismo que todos los encierros eran distintos. Por ello, siempre había que esperar lo inesperado si se decidía correrlos. Me quedé dormido al fin.

Me desperté pronto, a las nueve. El encierro comenzaba a las once. Sin probar bocado entré en la ducha para despejarme. Mientras el jabón resbalaba por mi cuerpo, un estremecimiento me recorrió la columna cuando pasé la mano por la cicatriz que viajaba varios centímetros por el interior del muslo. Fueron apenas unos segundos, y casi como vino el recuerdo se marchó sin dejar huella.

Coloqué la ropa que me iba a poner sobre la cama. Bien elegida. Me gustaba ir bien vestido a los encierros, con ese punto de coquetería que tienen los toreros antes de iniciar la lidia, tal vez por causa de ese sentimiento supersticioso de recibir elegante a la muerte. Casi se puede adivinar cómo van a lidiar los diestros dependiendo de cómo vayan vestidos en el momento del paseíllo. Y el corredor lo mismo, hay que acudir con decoro a la cita.

A los diez minutos estaba saboreando un café en la barra de un bar, sólo, inmerso en mis pensamientos. Casi de forma mecánica, compré un diario y, sin apenas mirar la primera página, lo

doblé con esmero y lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón. Así pertrechado di una vuelta por las calles del pueblo, vacías aún a esas horas. Vi pasar el tiempo hasta quince minutos antes del encierro, cuando entré en el callejón, como hacía siempre, sin que me diera cuenta de que hacía ya doce años que no andaba por allí.

Era un día de agosto; cielo azul; calor y una humedad que se pegaba al cuerpo como una segunda piel. Era una mañana de encierro como otras muchas. Todo seguía como lo dejé. Pero para mí, esta ocasión tenía un significado especial. Después de una huida hacia adelante, el destino me había vuelto a llevar al punto de partida. Para ser sincero, siempre lo supe a lo largo de estos años de ausencia; no sabía cuándo iba a ser, pero sí tenía la certeza de que sucedería, como si fuera un duelo al que inevitablemente hay que acudir.

El público se agolpaba en las vallas. Cualquier sitio era bueno para ver pasar la manada. Otros tenían el privilegio de verlo desde los balcones, atestados de miradas y de banderas. Abajo se producía el verdadero milagro de los encierros, ese miedo que atrapa las entrañas hasta el momento en que se empiezan a vislumbrar los pitones entre las cabezas de los corredores, esa sensación indescriptible que te recorre desde la coronilla a los pies, sólo sentida por el que está en el callejón, incapaz de saber si respondería en el momento de la verdad. Los minutos se hacen entonces interminables. Los rostros se tornan pálidos. Es una partida entre el toro y tú, entre la fuerza y la inteligencia, cada uno jugando sus propias cartas.

Ya encendía mi sexto cigarrillo cuando alguien tocó mi hombro. Era Rafa. Pensaba que nadie me iba a reconocer después de tantos años, pero me equivoqué. “Cómo no te voy a conocer después de una vida entera juntos”, me dijo. Rafa también era corredor y, más que amigo, yo le consideraba un hermano. “Cuánto tiempo sin verte”, inició la conversación. Muchos, demasiados, pensé yo. “Pero, ¿dónde has estado?” me preguntó, y antes de que yo contestara cualquier cosa, continuó, con voz temerosa, “no pensarás correr”. Rafa, como yo, sabía que a eso había venido, exclusivamente, a correr. Él dejó de correr hace años, cuando pasó lo mío. “No quiero que me retire el toro”, musité con frialdad

antes de despedirme con un abrazo. Él vería el encierro desde un balcón. Después quedaríamos en el *Diablo*, un bar de reunión de los corredores locales.

Miré el reloj y me fui acercando a la curva de *la fragua*; sabía que allí los toros acortaban su trote para, después, arrancar como rayos. Faltaba aún un minuto y me percaté de que estaba más tranquilo, una tranquilidad que siempre me venía al ver a los demás dar pequeñas carreras como forma de calentar los músculos o de distraer su miedo. Miré entonces al cielo, consciente de que había cruzado una línea sin retorno, y tampoco quería volver porque era la oportunidad de despedirme de alguno de los compañeros que durante años había chocado su hombro con mi hombro en las carreras.

Sonó el primer cohete de advertencia y, casi al unísono, comenzaron las carreras y los gritos. Con el chupinazo de salida, los toros iniciaron su recorrido. Bajaban muy rápido. Pude ver cómo la manada se acercaba a la curva donde yo me encontraba. Cinco toros negros y uno colorao, ojo de perdiz, parejos y bien armados. Al caer a la curva, sólo unos pocos corredores aguantamos. Como había previsto, al llegar a donde estaba se fueron contra el vallado amontonándose todos contra él. El colorao se cayó y provocó el pánico porque se quedó solo. Los cabestros, que ya conocían el peligro de resbalarse, pasaron de largo dejando rota la manada. Se repusieron rápido y los morlacos retomaron la carrera, lentamente. Pasaron ante mis ojos dos toros; los dejé. Por detrás llegaban los otros tres, ocupando lo ancho de la calzada, y cerraba el conjunto el colorao, que venía derrotando por el lado en el que yo corría, el izquierdo en dirección a la plaza.

Tanto tiempo esperando este momento y allí estaba otra vez, delante del toro. Le cogí la distancia y no me costó aguantarle. De improvisto, aceleró la marcha y mis piernas comenzaron a flojear; no podía seguir su ritmo; poco a poco me limaba la distancia y mis pies se convertían en plomo. Mi cerebro pedía más oxígeno, pero no llegaba, y perdí la facultad de pensamiento. Continué arriesgando; casi podía sentir el calor del aliento del toro en mi espalda. En una décima de segundo hice un amago de irme a la derecha, pero de un quiebro conseguí salir por la izquierda engañando el sentido normal del

colorao, que, con rabia y cansado por la persecución, quiso derrotar sin alcanzarme al encontrarme ya fuera de su trayectoria. Arrimado ahora a las tablas, vi pasar al toro muy cerca.

“Ya todo ha pasado”, dije para mis adentros con inmensa satisfacción; “ha valido la pena”, insistía una y otra vez. Mi boca estaba seca como la mojama y la lengua cubierta por una saliva amarga. Cabizbajo y pensativo marché a tomar una cerveza al bar la Plazoleta. Recordaba la carrera. “Bueno Tonio”, sonó una voz en mi cabeza, “has corrido tu último encierro”. “¿El último...?”. Continué caminando.